

el comisario de policía pasaria por ser un individuo de la familia, llamado tambien Baudin.

Las pobres mujeres abrigaban la esperanza de que su pariente se salvase, fijándose en que era joven y de robusta constitucion. Gindrier las oia y callaba. Pero al llegar ante el comisario de policía, sus ilusiones quedaron desvanecidas de repente.—Cómo sigue? preguntó la señora L... al entrar.—Pero si murió!... contestó el comisario.—Ha muerto!—Sí; quedó muerto en el acto.

Fué aquel un doloroso momento. La desesperacion que sintieron aquellas dos mujeres, tan bruscamente heridas en el corazón, estalló en sollozos.

—Infame Bonaparte! exclamó la señora L... Mató á Baudin; pues bien, yo le mataré á él. Seré la Carlota Corday de ese Marat.

Gindrier reclamó el cadáver de Baudin. El comisario de policía solo consintió entregarlo á la familia bajo la promesa de que lo enterrarían inmediatamente y sin ostentacion y de que no lo pasearian ante el pueblo.

—Ya podeis comprender, añadió, que el espectáculo de un representante muerto y ensangrentado podria sublevar á Paris.

El golpe de Estado mataba, pero no queria que viesen los cadáveres. Con esta condicion el comisario facilitó á Gindrier dos hombres y un salvo-conduto para que fuesen á buscar á Baudin al hospicio donde estaba depositado.

Entre tanto llegó el hermano de Baudin, joven de veinticuatro años, estudiante de medicina. Este joven despues fué detenido y encarcelado por el crimen de ser hermano del representante que murió en la barricada. Al ver el salvo-conduto, el director introdujo á Gindrier y al joven Baudin en la sala baja. Allí habia tres camas tapadas con sábanas, debajo de las que se insinuaba la forma rígida de tres cuerpos muertos. Baudin ocupaba el lecho del centro: tenia á la derecha el soldado joven que mataron al lado de Schœlcher y á la izquierda una mujer anciana, que mató una bala perdida en la calle de Cotte. Los tres cadáveres estaban desnudos bajo el sudario. Al de Baudin solo le quedaba la camisa y el chaleco de franela. Le encontraron en un bolsillo siete francos, reloj y cadena de oro y su medalla de representante. Su hermano y Gindrier se acercaron con la cabeza descubierta á la cama del centro; le-

vantaron el sudario y apareció el rostro de Baudin muerto, que se conservaba natural y que parecia dormido; livido matiz comenzaba á extenderse por sus mejillas.

Como es costumbre, se extendió una acta; porque no basta matar á las gentes, es necesario además incoar procesos verbales. El joven Baudin tuvo que firmar en el requerimiento del comisario de policía que se le hacia entrega del cadáver de su hermano.

Entre tanto Gindrier, en el patio del hospicio, se esforzaba en calmar á las dos mujeres desconsoladas.

De pronto, un hombre que estaba en el patio y hacia algunos instantes que le miraba con atencion, le preguntó bruscamente:

—Qué haceis aquí?

—Qué os importa! le contestó Gindrier.

—¿Venís á buscar el cadáver de Baudin?

—Sí.

—Es vuestro este coche?

—Sí.

—Pues entrad en él y bajad las cortinillas.

—Por qué?

—Porque sois el representante Gindrier y estábais esta mañana en la barricada. Si os conocieran seriais perdido.

Gindrier siguió el consejo y entró en el coche, y preguntó al desconocido:

—Sois de la policía?

El desconocido no contestó. Paseó por el patio, y una de las veces que pasó cerca de la portezuela del coche dijo en voz baja á Gindrier:

—Ella me dá de comer, pero no ejerzo el oficio.

Los dos hombres que envió el comisario de policía sacaron á Baudin y le condujeron al coche, poniéndole en el fondo, con el rostro tapado y envolviéndole en el sudario de cabeza á piés. Un obrero que lo presenciaba extendió su capa sobre el cadáver para no llamar la atencion de los transeuntes. La señora L... se colocó al lado del cadáver, Gindrier enfrente y el joven Baudin al lado de Gindrier. Detrás iba otro coche, en el que subió otro pariente de Baudin y un estudiante de medicina llamado Duteche.

Partieron, encargando al cochero que marchara lentamente; el trayecto duró más de una hora.

Cuando llegaron al número 88 de la calle de Clichy, el descendimiento del

cadáver atrajo algunos vecinos curiosos; entre Baudin, Gindrier y Duteche subieron el cadáver al cuarto piso, que era donde habitaba el representante entonces muerto.

Llevaronle á su dormitorio, que estaba aun en la misma disposicion que él lo dejó el día 2 por la mañana. Como la noche anterior no se habia acostado, la cama no estaba deshecha. Estaba abierto sobre la mesa el libro que leia por la página en que interrumpió la lectura. Desvolvieron el sudario y Gindrier le cortó con unas tijeras la camisa y el chaleco de franela; despues le lavaron el cuerpo. La bala le entró por el ángulo de la concavidad del ojo derecho y le salió por la parte posterior de la cabeza. Le envolvieron en una sábana, le colocaron en el lecho, recostándole la cabeza sobre la almohada y dejándole el semblante descubierto. Las mujeres lloraban en la próxima habitacion.

Gindrier prestó otra vez igual servicio al antiguo constituyente James Demontry, que murió en 1850, proscrito en Colonia. Gindrier fué á Colonia, entró en el cementerio é hizo exhumar el cadáver de James Demontry. Dispuso que le extrajeran el corazón, lo embalsamó y encerró en una vasija de plata, que él mismo llevó á Paris.

Cuando Baudin estuvo ya colocado en el lecho entraron las mujeres, y todos los asistentes, llorando, se colocaron en torno del cadáver. Gindrier, al que otros deberes reclamaban, salió con Duteche. A la puerta de la calle se habia formado un grupo.

Un hombre de blusa, con sombrero puesto y de pié sobre un guardacanton, peroraba y enaltecia el golpe de Estado, el restablecimiento del sufragio universal, la abolicion de la ley del 31 de Mayo, la supresion de los 25 francos, añadiendo que Luis Bonaparte habia hecho muy bien.

Al oirle, Gindrier exclamó en alta voz: —Ciudadanos, arriba está Baudin, representante del pueblo, que ha muerto defendiéndole. ¡Estais delante de su casa, mientras se desangra en su lecho, y ese hombre se atreve casi en su presencia á aplaudir á su asesino. Ciudadanos, ¿quereis que os diga cómo se llama ese hombre? Se llama la policía. ¡Caiga la vergüenza y la infamia sobre los traidores y sobre los cobardes! ¡Respetad el cadáver del que ha muerto por defenderos!

Calló Gindrier, y hendiendo atropella-

damente á la multitud, agarró por el cuello al hombre que acababa de perorar, y echándole á tierra el sombrero con la mano, exclamó:

—Abajo el sombrero!

## VI.

Decretos de los representantes que quedaron libres.

El antiguo constituyente Martin de Strasburgo nos trajo el texto del decreto que se creia dado por el Supremo Tribunal de Justicia. Al mismo tiempo supimos lo que pasaba en la calle Aumaire. Convenia sostener y alimentar la lucha comenzada y oponer siempre la resistencia legal á la resistencia armada. Los miembros de la derecha, reunidos en la Alcaldía del 10.º distrito, decretaron la destitucion de Luis Bonaparte; pero este decreto, que se dió en una reunion compuesta casi exclusivamente de los hombres impopulares de la mayoría, podia ser ineficaz para el pueblo, y era necesario que la izquierda lo prohibiese, haciéndolo suyo, y lo imprimiese, dándole un tono más enérgico y revolucionario, apoderándose, además, de un decreto del Supremo Tribunal, que se creia auténtico, para darle fuerza y convertirle en ejecutorio.

En el llamamiento á las armas pusimos á Luis Bonaparte fuera de la ley, y el decreto de destitucion, si le recogiamos y refrendábamnos nosotros, se podia unir oportunamente á nuestra declaracion, completando así el acto revolucionario con el acto legal.

El comité de resistencia convocó á los representantes republicanos. Como el piso que ocupaba M. Grevy, donde nos reuniamos, era muy reducido, designamos para punto de reunion la casa número 10 de la calle de Moulins, aunque sabiamos que allí habia ya hecho una visita la policía. Pero no teniamos sitio que elegir, y estando en revolucion es imposible tener prudencia; y además inútil. Confiar siempre es la ley de los grandes actos que deciden muchas veces de los grandes acontecimientos. El combate revolucionario consiste en la improvisacion perpétua de los medios, de los procedimientos, de los expedientes, de los recursos; en aceptar todas las aventuras en conjunto, en arriesgarlo todo á la vez y por todas partes, hora, sitio, ocasion, amigos, familia, libertad, fortuna y vida.

Hacia las tres, unos sesenta represen-

tantes estaban reunidos en la calle de Moulins, número 10, en un gran salón, en el que presidia el comité de resistencia.

Era un día de Diciembre muy sombrío; la noche estaba ya próxima. El editor Hetzel, á quien pudiera también llamarse el poeta Hetzel, posee un espíritu generoso y valiente, y demostró raras cualidades políticas cuando desempeñó el cargo de secretario general del ministerio de Negocios extranjeros á las órdenes de Bastide, y vino á ofrecérsenos. Hetzel sabia que lo que hacia más falta era una imprenta, y habia ido á buscar un impresor con este objeto, el que le dijo:—*Violentadme, ponedme una pistola al pecho, y yo imprimiré todo lo que queráis.* Era necesario, pues, reunir algunos amigos, apoderarse á viva fuerza de la imprenta del susodicho impresor, atrincherarse en ella y sostener en caso de necesidad el sitio, mientras se imprimieran nuestras proclamas y nuestros decretos; Hetzel se brindaba á prestar nos este servicio. Merece referirse lo que le sucedió al llegar á nuestra reunion. Cuando se acercaba á la puerta-cochera, en aquel día oscuro de Diciembre, divisó á un hombre de pié é inmóvil á cierta distancia, que le pareció que estaba en acecho. Se acercó á él y le reconoció: era el antiguo comisario de policía de la Asamblea, M. Jon.

—¿Qué haceis ahí? le preguntó bruscamente Hetzel. ¿Estais espiando para prendernos? En ese caso, hé aquí lo que tengo para vosotros.—Entonces sacó dos pistolas de los bolsillos.

M. Jon respondió sonriendo:

—Velo, pero no contra vosotros, sino por vosotros; os estoy defendiendo.

M. Jon, que estaba enterado de lo que hacíamos, temiendo que nos prendieran, nos prestaba voluntariamente este servicio de policía.

Hetzel habia participado su proyecto al representante Labrousse, que se brindó á acompañarle y á darle el apoyo moral de la Asamblea en tan peligrosa expedicion.

Como ambos nos encontraron en la primera cita que se dieron en el café Cardinal, Labrousse dejó en él una esquila para Hetzel, que decia así: "Madame Elisabeth espera á M. Hetzel en la calle de Moulins, número 10." Por eso Hetzel habia ido allí.

Aceptamos los ofrecimientos de Hetzel, convenimos en que al anoecer el representante Versigny, que desempeñaba

las funciones de secretario del comité, le llevaria nuestros decretos y proclamas y todo aquello que creyéramos oportuno publicar. Decidimos que Hetzel esperara á Versigny en la acera de la calle de Richelieu, que se extiende por delante del café Cardinal.

Entre tanto, Julio Favre, Michel de Bourges y yo habíamos redactado el decreto final, que debia armonizar la destitucion que votó la derecha con la declaracion de fuera de la ley votada por nosotros, y volvimos á entrar en el salón para leer el decreto á los representantes reunidos y recoger sus firmas.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Emilio de Girardin. Desde la víspera no le habíamos vuelto á ver.

Emilio de Girardin, despojándolo de todo el vapor que envuelve á todo combatiente en la lucha de los partidos y que, contemplándoles á cierta distancia, cambia y oscurece la figura de los hombres, es un pensador extraño, un escritor exacto, enérgico, lógico, hábil, robusto, un periodista en el que, como en todos los grandes periodistas, se encuentra la capacidad del hombre de Estado. Se debe á Emilio de Girardin el progreso memorable de tener la prensa barata. Emilio de Girardin tiene el gran dón de la terquedad lúcida; es un vigía público; su diario es su garita; espera, mira, espía, alumbra, acecha, dá el quién vive; al menor grito de alerta dispara la pluma; está dispuesto á empeñar el combate en todas sus formas; es centinela hoy y general mañana. Como todos los espíritus graves, comprende, vé, reconoce, palpa, por decirlo así, la inmensa y magnífica identidad que guardan entre sí estas tres palabras: Revolucion, Progreso, Libertad. Quiere la revolucion, pero para progresar; quiere el progreso, pero para conseguir la libertad. Es posible, y segun nuestro criterio con razon, disenter de sus opiniones sobre el camino que se debe seguir, sobre la actitud que se debe adoptar y sobre la posicion que debe conservarse; pero nadie puede negarle el valor que tiene probado bajo todas sus formas ni rechazar su tendencia, que es el mejoramiento moral y material de la condicion de la humanidad. Emilio de Girardin es más demócrata que republicano, más socialista que demócrata, y el día en que estas tres ideas, Democracia, República, Socialismo, esto es, el principio, la forma y la

aplicacion, estén equilibradas en su espíritu, cesarán las oscilaciones que en él se notan. Dispone de la fuerza hoy, mañana conseguirá la fijeza.

Como veremos, en el curso de esta sesion no estuve siempre de acuerdo con Emilio de Girardin, y esta es una razon más para que yo haga constar aquí lo mucho que yo aprecio su talento sutil y valeroso. A pesar de las reservas que cada cual deba hacer al juzgarle, es uno de los hombres que honran la prensa contemporánea, porque al mayor grado de destreza del combatiente une la serenidad del pensador.

Me dirigí á él y le pregunté:

—¿Os quedan algunos obreros en *La Presse*?

—Nuestras prensas están selladas y vigiladas por la gendarmería móvil; pero puedo disponer de cinco ó seis trabajadores de buena voluntad, que podrán tirar á mano algunos carteles.

—Pues bien, le repliqué, imprimid nuestros decretos y nuestras proclamas.

—Imprimiré, respondió, todo lo que no sea un llamamiento á las armas. Conozco vuestra proclama. Es un grito de guerra y yo no puedo imprimirla.

Esto originó algunas protestas. Él dijo entonces que también escribia proclamas, pero en sentido diferente del nuestro. Que segun su opinion, á Luis Bonaparte no debia combatírsele con las armas, sino por medio del vacío; por medio de las armas nos vencerá, por medio del vacío será vencido. Nos conjuré en seguida á que le ayudásemos á aislar al menguado del 2 de Diciembre.

—Hagamos el vacío en torno suyo! exclamaba Emilio de Girardin. ¡Proclamemos la huelga universal! Que el comerciante no venda, que el consumidor no compre, que el obrero no trabaje, que el carnicero no mate, que el panadero no cueza pan, que todo huelgue, hasta la imprenta Nacional; que Luis Bonaparte no encuentre un cajista para componer el *Monitor*, ni un prensista para que le tire, ni un fijador de carteles para que lo pegue á las esquinas. Es preciso producir el aislamiento, la soledad, el vacío alrededor de ese hombre y que la nacion entera se aparte de él. Todo el poder del que la nacion se aleja cae á tierra como un árbol cuya raiz se arranca. Si todos le abandonan en su crimen, Luis Bonaparte desaparecerá. Si todos nos cruzamos de brazos á su alrededor, esto bastará para hacerle caer;

pero si disparais contra él los fusiles, le consolidais. El ejército está ébrio, el pueblo aturdido y no se ocupa de nada, y la clase media tiene miedo al presidente, al pueblo, á vosotros y á todos. Así no alcanzareis la victoria. Marchais como valientes delante de todos arriesgando la cabeza; eso es noble; arrastrais tras de vosotros dos ó tres mil hombres intrépidos, cuya sangre mezclada con la vuestra ha corrido ya; eso es heroico, pero eso no es político. Os he dicho que no imprimiré el llamamiento á las armas porque no creo conveniente ir al combate. Organizemos la huelga universal.

Este punto de vista era arrogante y soberbio, pero yo lo creí irrealizable. Bajo dos aspectos trataba la cuestion Girardin: bajo el aspecto lógico y bajo el aspecto práctico; bajo su aspecto práctico era para mí ideal.

Michel de Bourges le respondió: con su firme dialéctica y su razon viva se ocupó de lo que para nosotros era la cuestion inmediata, del crimen de Luis Bonaparte y de la necesidad de sublevarse ante aquel crimen: más que una discusion, aquello fué un diálogo, en el que Michel de Bourges primero y Julio Favre despues se elevaron á la más alta elocuencia.

Julio Favre, que era digno de comprender el poderoso talento de Girardin, hubiera adoptado de buen grado la idea de la huelga universal, si la hubiera creído practicable; la encontraba grandiosa, pero imposible. No se puede parar el movimiento de una nacion; aunque se la hiera en el corazón, sigue andando. El movimiento social, que es la vida animal de las sociedades, sobrevive al movimiento político. Por mucho que Girardin espere de él, siempre habrá en la sociedad un carnicero que mate y un panadero que amase, porque es preciso comer.—"Conseguir que el trabajo universal se cruce de brazos es una quimera, es un delirio, decia Julio Favre. El pueblo se bate tres, cuatro, cinco días, pero la sociedad no espera indefinidamente. Verdaderamente la situacion que vamos á arrostrar es sin duda terrible, trágica y sangrienta, pero dicha situacion la trae Luis Bonaparte. Nosotros no hacemos más que aceptarla."

Emilio de Girardin persistió firme y lógico en su idea, para ver si podia hacernos vacilar con los argumentos abundantes que llegaban en tropel á los labios desde su espíritu vigoroso é inexorable. Pero yo veia el deber como

una luz, que él no conseguía apagar. Le interrumpía diciendo:

—Es ya tarde para discutir lo que debemos hacer, y mucho más cuando ya está resuelto. El golpe de Estado lanzó el guante y la izquierda lo recoge. La cuestión es muy sencilla. El acto del 2 de Diciembre es un reto infame, insolente, que se hace á la democracia, á la civilización, á la libertad, al pueblo, á la Francia. Hemos recogido ese guante porque representamos la ley, pero la ley viva, que cuando es preciso puede armarse y combatir. Un fusil en nuestras manos es una protesta. Ignoro si venceremos, pero sé que debemos protestar. Protestar primero en el Parlamento; pero cuando éste se nos cierra, protestar en la calle; si se nos cierra, protestar en el destierro, y si en el destierro se nos impide, protestar en la tumba. Este es el papel que debemos desempeñar, esta es nuestra misión. El mandato de los representantes es elástico; el pueblo lo otorga y los acontecimientos lo amplían.

Mientras estábamos deliberando entró en la reunión nuestro colega Napoleón Bonaparte, hijo del antiguo rey de Westphalia, que estuvo oyendo un rato y luego tomó la palabra. Condenó con energía y con indignación sincera y generosa el crimen de su primo; pero declaró que creía que bastaba una protesta general de los representantes, del Consejo de Estado, de los magistrados y de la prensa, que pudiera ser unánime, lo que no conseguiría ninguna otra forma de resistencia. Que él, que había encontrado siempre defectuosa la Constitución y que la había combatido en la Constituyente desde el primer momento, no había de defenderla el último día, y no estaba dispuesto á verter por ella ni una sola gota de sangre. Que la Constitución estaba muerta, pero que la República estaba viva, y que era preciso salvar, no la Constitución, que era un cadáver, sino la República, que era un principio.

Por todas partes estallaron reclamaciones. Baucel, que era un joven elocuentísimo é impetuoso, exclamó que urgía ver, no los defectos de la Constitución, sino el horror del crimen cometido, la traición flagrante y el juramento violado; declaró que se podía muy bien haber votado contra la Constitución en la Asamblea constituyente y defenderla hoy contra un usurpador; que eso era tan lógico, que se encontraban en ese caso muchos de los allí presentes, citándome

á mí como prueba de ello. Terminó su discurso diciendo lo siguiente:—Asistísteis á la construcción de un navío, y como os parecía que estaba mal construido, dísteis consejos para su buena construcción, consejos que fueron desatendidos. Tuvisteis necesidad de ir á bordo en ese navío y de embarcar en él á vuestros hijos, á vuestros hermanos y á vuestra madre; pero llega un pirata con el hacha en una mano para echar á pique el navío y con la antorcha en la otra mano para incendiarlo. La tripulación acude á las armas para defenderse, y cuando llega ese caso la decís: El navío está mal construido; dejad que lo destruyan.

—En el citado caso, añadió Edgard Quinet, el que no está con el navío está con el pirata.

De todas partes se oía gritar:—“¡Leed el decreto! Leed el decreto!”

Yo estaba en pié, de espaldas á la chimenea; Napoleón Bonaparte se me aproximó y me dijo al oído:

—Vais á empeñar una batalla que está perdida de antemano.

—No espero el triunfo; solo trato de cumplir con mi deber, le respondí.

—Sois hombre político y por consecuencia debíais buscar la victoria; pero os repito que no podeis ganar la batalla.

—Si empeñamos la lucha decís que perderemos la batalla, y yo lo creo así; pero si no la empeñamos, perderemos el honor, y yo prefiero perder la batalla á perder el honor.

Permaneció un instante silencioso; después, tendiéndome la mano, añadió:

—Así será, pero escuchadme. Personalmente correis un gran peligro. Sois el hombre que más odia el presidente entre todos los miembros de la Asamblea. Desde la tribuna le habeis llamado Napoleón el Pequeño, y esto él nunca lo olvidará. Además, habeis dictado la proclama excitando al pueblo á tomar las armas, y él no lo ignora. Si os prenden quizás os fusilen en el acto, porque no creo que se contenten con desterraros. ¿Teneis sitio seguro donde pasar esta noche?

—No he pensado en ello aun, le contesté.

—Pues venid á mi casa; no podeis estar en París en punto más seguro. Allí no irán á buscaros. Venid de día, de noche, á la hora que queráis; os esperaré; yo mismo os abriré la puerta. Vivo en la calle de Algar, número 9.

Le di sinceramente las gracias, porque el ofrecimiento era noble y cordial y me conmovió. Aunque no lo acepté, no lo he olvidado nunca.

Delante de la chimenea había una mesa redonda; pusieron sobre ella una lámpara, plumas, tinteros y papel; los miembros del comité se sentaron á esta mesa, y los representantes en sofás, en las butacas y en las sillas que encontraron en las habitaciones inmediatas. Algunos buscaron con la vista á Napoleón Bonaparte, pero no le vieron; se había retirado.

Un miembro pidió que ante todo la reunión se declarara Asamblea nacional y que se constituyera, nombrando inmediatamente presidente y mesa. Yo hice notar que no necesitábamos hacer semejante declaración, porque nosotros constituíamos la Asamblea tanto de derecho como de hecho, ya que los colegas ausentes estaban retenidos por la fuerza; que nombrar otro presidente y otra mesa significaría conceder valor al acto de Luis Bonaparte y aceptar hasta cierto punto la disolución; que no debíamos proceder de ese modo; que no debíamos publicar nuestros decretos con la firma única de un presidente, sino con las firmas de todos los miembros de la izquierda que no estuvieran presos, para que de ese modo nuestros decretos ejercieran plena autoridad y plena acción sobre el pueblo.

Atendiendo á las razones que yo acababa de alegar, la reunión renunció á nombrar presidente. Noel Parfait propuso que nuestros decretos y nuestros actos se expidiesen, no con la fórmula “La Asamblea nacional decreta”, etc., sino con la fórmula “Los representantes del pueblo que han quedado libres decretan”, etc.: de esta manera conservábamos toda la autoridad aneja á la cualidad de representantes del pueblo, sin asociar á la solidaridad de nuestros actos á los representantes presos. Además, esta fórmula tenía la ventaja de separarnos de la derecha. El pueblo sabía que los únicos representantes que quedaban libres eran los miembros de la izquierda. Adoptóse la opinión de Noel Parfait.

Leí el decreto de destitución, que estaba concebido en estos términos:

“DECLARACION.

Los representantes del pueblo que han quedado libres, visto el art. 68 de la Constitución, que dice así:

“Art. 68. Toda medida por la cual el presidente de la República disuelve la Asamblea, la prorroga ó pone obstáculos al ejercicio de su mandato, es un crimen de alta traición.

„Por este solo hecho el presidente queda destituido de sus funciones, los ciudadanos están obligados á negarle obediencia, el Poder ejecutivo pasa en toda la plenitud del derecho á la Asamblea nacional, y los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia deben reunirse inmediatamente, bajo pena de prevaricación, y convocar á los jurados en el lugar que designen para juzgar al presidente y á sus cómplices.”

Decretan:

Artículo 1.º Luis Bonaparte queda destituido de sus funciones de presidente de la República.

Art. 2.º Todos los ciudadanos y funcionarios públicos quedan obligados á negarle obediencia, bajo pena de complicidad.

Art. 3.º El decreto expedido el 2 de Diciembre por el Tribunal Supremo de Justicia, que declara á Luis Bonaparte incurso en el crimen de alta traición, será publicado y ejecutado. En su consecuencia, las autoridades civiles y militares quedan requeridas, bajo pena de prevaricación, á prestar ayuda á dicho decreto.

Dado en París, en sesión permanente, el 3 de Diciembre de 1851.”

Leído el decreto, fué votado por aclamación, le firmó el comité, y los representantes se arrimaron alrededor de la mesa para unir sus firmas á las nuestras. Sain advirtió que el acto de firmar nos robaba mucho tiempo, que no estábamos presentes más que sesenta representantes, porque había gran número de miembros de la izquierda desempeñando comisiones en las calles insurrectas. Que teniendo el comité plenos poderes de la izquierda, no veía inconveniente en que pusieran los nombres y las firmas de todos los republicanos que no estaban presos. Así lo hicimos. Baucel llevaba en el bolsillo un número atrasado del *Monitor* que contenía una votación nominal completa. Cortamos la lista de los miembros de la izquierda, borrando los nombres de los representantes que estaban presos, y unimos la lista al decreto.

El nombre de Emilio de Girardin me llamó la atención en la lista. No había abandonado ni un momento la reunión.

—Firmareis el decreto? le pregunté.